

## **APROXIMACIÓN AL ARCHIVO HISTÓRICO**

### **“ACONTECIMIENTOS Y LUGARES EMBLEMÁTICOS, FOTOGRAFIADOS POR ALBERTO LENIS”**

**Javier Tafur González / Julio 6 de 2024  
Centro de Documentación del Banco de la Republica**

Buenos días. Gracias al Banco de la Republica y a su Centro de Documentación, por la invitación que me han hecho para participar en este encuentro, para compartir el proceso que se adelanta para el conocimiento, clasificación y difusión de la obra fotográfica de Alberto Lenis Burckhardt, en el contexto histórico donde se enmarcan las fotografías. De manera especial deseo saludar a Katherin León Zuluaga, Olga Nur Pérez Ocampo y a la historiadora y conservadora de documentos en soporte papel, Nathali Sarria Chávez, orientadora del club de fotografía, y a todos los participantes.

Nuestro personaje nació en Cali, el 17 de marzo de 1905, cuya casa daba al frente de La Catedral, en la Plaza de Cayzedo, hijo de don Andrés J. Lenis, profesor, cronista, novelista, concejal, diputado, representante, alcalde de Cali, notario, excelente conversador, de “humor zumbón y sávido”, como dijera Álvaro Bonilla Aragón; y la madre Rosa Burckhardt, quien pertenecía a una familia de origen suizo.

Nos dice Bonilla Aragón, que Alberto creció “en un ambiente en el que el respeto y el fervor por el arte y por la historia no le eran extraños”.

Respecto de su iniciación en la fotografía, nos cuenta Bonilla, en el prólogo del libro *Retrospectiva fotográfica del Valle del Cauca*, que sus descendientes lo hicieron, reuniendo algunas de las fotografías que, como aficionado cuidadoso tomara a lo largo de más de medio siglo.

Refiriéndose a la época, comenta: “La historia de la fotografía se inicia en Colombia a finales del siglo pasado. Ese arte nuevo, que comenzaba a abrirse camino en Europa y en los Estados Unidos, fue traído a este Continente por viajeros e inmigrantes europeos. En Cali, los primeros balbuceos en el oficio bien pueden referirse a los nombres de Ignacio Paláu, Enrique Castellanos, y al único fotógrafo profesional, Juan Faccini. Al parecer, la actividad era grande aunque su ejercicio requiriera ingentes dosis de paciencia, por los procedimientos rudimentarios” (Lenis, 1989); y recuerda que “Alberto Lenis se inicia en los secretos de la fotografía en su niñez, hacia 1914, cuando apenas tenía nueve años de edad. Su tío, Federico Burckhardt le regaló una cámara de cajón marca Ika, en la cual se utilizaban placas de vidrio sensibilizadas, sobre las que los rayos solares debían servir como lámpara para precipitar y revelar los granos de plata del papel. El procedimiento era moroso, difícil y laborioso. Su propio tío así lo ha debido entender, pues poco después le sustituyó la Ika por otro aparato de cajón y de rollo en lugar de placas de vidrio: una Kodak Brownie. Los consejos de don Federico y el aprendizaje de la utilización de ese tipo de cámara fueron, quizá, la única escuela de Alberio Lenis. Pero resultaba suficiente pues muy bien se sabe ahora, en la época de los equipos de altísima tecnificación y sofisticación –

lentes automáticos, exposímetros computarizados, pasadores eléctricos-, que quien domina los secretos de una cámara de cajón, con su lente fija y su limitación en la profundidad del campo, ha adquirido la suficiente pericia como para enfrentarse a los más arduos desafíos fotográficos” (Lenis, 1989).

Su biógrafo agrega: “Además tenía a la mano los copiosos depósitos de materiales de la firma Burckhardt, la que ya, desde 1915 representaba en Cali a la “Eastman Kodak Company”, nombre ligado a la historia del llamado arte del siglo XX, en todo el mundo; esta envidiable situación llevó a Alberto Lenis a afirmar, con cierta malicia, que nadie como él había gastado tanto material fotográfico en sus ensayos e intentos. No hay duda de que a Alberto Lenis, además de su interés en captar seres y cosas en un instante de su transcurrir, mediante el mecanismo de la cámara fotográfica, lo empujaba otra motivación: quería contar una historia, la historia de su ciudad natal, a la que ha estado tan vital y amorosamente ligado, teatro de las crónicas que había escuchado a su padre, y escenario de sus quehaceres de niño y de adolescente” (Lenis, 1989).

De la forma como nuestro fotógrafo asumió su rol con la maquina considera que “Fue, en directo, a lo que su ojo veía: el mundo circundante que transcurría en torno suyo y terminó consiguiendo; por eso, sin pretensiones de ninguna naturaleza, aquí esta parte de la historia de Cali, en uno de sus periodos capitales: el momento en que la tranquila villa, asiento de hacendados de ganadería extensiva comienza a transformarse en un emporio de actividad industrial,

consecuencia de los dólares de la indemnización norteamericana por la usurpación de Panamá. La arquitectura que se adivina en estas fotografías es modesta, como siempre lo había sido la de una población que no tuvo la importancia política de Quito y Popayán, ni el ajetreo burocrático de Lima, ni la fabulosa riqueza de Potosí y Chuquisaca. Pero era una arquitectura realizada con materiales de la región y a la medida de una sociedad austera, que solo ahora comienza a superar ese límite muchas veces rayano en la modestia” (Lenis, 1989).

Comenta Bonilla Aragón que: “Si se mira y se estudia con cierto cuidado este libro, se advertirá que Alberto Lenis presintió los aires de cambio que comenzaban a golpear al apacible burgo. Tenía un ojo avisador, zahorí y atento a las cosas en las que se siente el paso del tiempo y el corrosivo trabajo de las horas. Se detiene, con el lente de su cámara, en lo perecedero: el tranvía a vapor, las berlina diseñadas más con sentido estético que de economía de materiales, las recuas y sus arrieros (...). Y en otros acontecimientos que anunciaban los nuevos tiempos: el ferrocarril al mar, el primer avión que aterrizara en Long Champ. En años posteriores, las quintas de los barrios Granada y Centenario, barrios que viera construir en su juventud y, ahora, en su vejez, le tocara ver destruir. De las casas y edificios, que se registran en estas fotografías testimoniales, casi nada queda. Los conglomerados sociales, como el caleño, en esta etapa de su desarrollo, no gustan atesorar y conservar y bajo la disculpa de la novelería, destruyen su rostro histórico; por eso, están condenados a sumergirse en ese ambiente de desarraigo, común a quienes se

sienten transeúntes en una ciudad, y no sus moradores definitivos. No se acepta esa pedagogía formativa que emana de las fachadas, de los vitrales, de las ventanas que ha pulido la pátina del tiempo. De allí también la despersonalización, mejor aún, la deshumanización del espacio público y privado. El claustro de Santa Librada y la facha de su capilla con sus estatuas de barro cocido, únicas en América, el hotel Alférez Real, el edificio Modelo, fueron arrasadas para construir aparcaderos y parques de muy dudoso gusto. El mismo Lenis Burckhardt tiene una fotografía del viejo y hoy destruido kiosko de La Plaza Cayzedo, kiosko tan cargado de memorias como de magia urbana y que ahora, como acto de remordimiento y restitución de obra con la ciudad, ha sido reconstruido junto al río y a su puente centenario” (Lenis, 1989).

Aproximémonos a su alma, a su fotografía y su sentido, yendo a sus propias palabras, a la dedicatoria que hace en el libro: “Dedico este libro a la memoria de mi tío *Federico G. Burckhardt*, quien me regaló la primera cámara fotográfica y a la de mis amigos, compañeros de “andanzas fotográficas”: *Enrique Otoyá Rengifo*, uno de los iniciadores de la afición fotográfica en Cali; *Gustavo Luna Solís*, artista por naturaleza; *Alfonso Rodríguez Ontiveros*; ciudadano español radicado en Colombia y consumado fotopaisajista, y *Alberto Caicedo Gutiérrez*, quien hizo magníficos trabajos, entre ellos la fotografía denominada “La Canción de la Angustia”; Alberto bautizó nuestras frecuentes salidas en busca de motivos, como las “cacerías del paisaje” (Lenis, 1989).

Observando con detenimiento el archivo fotográfico de Alberto Lenis Burckhardt, en el Centro de Documentación del Banco de la Republica, en busca de los detalles relevantes, para el periodo comprendido entre 1920 y 1970, se encuentra uno con la valiosa posibilidad de contrastar los cambios introducidos por el crecimiento demográfico y el urbanismo, del llamado Cali Viejo y los tiempos presentes, como señalara Bonilla Aragón, pero considerando también el desenvolvimiento histórico de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el Valle del Cauca, insoslayable motor de estas transformaciones, en lo cual se refleja la importancia de la fotografía para la activación y divulgación de la memoria colectiva, destacada misión de este centro de documentación.

Una primera mirada al crecimiento demográfico nos abre los ojos para detenernos en este poderoso vector transformador del entorno caleño. Veamos: Los datos aproximados del número de habitantes de Cali, por décadas, desde 1900 hasta 1970, así: 1) 1900, aproximadamente 20,000 habitantes; 2) 1910, aproximadamente 25,000 habitantes; 3) 1920, aproximadamente 39,000 habitantes; 4) 1930, aproximadamente 59,000 habitantes; 5) 1940, aproximadamente 120,000 habitantes; 6) 1950, aproximadamente 280,000 habitantes; 7) 1960, aproximadamente 620,000 habitantes; 8) 1970, aproximadamente 1,000,000 habitantes.

Estos números son estimaciones basadas en diversas fuentes históricas y censos. La población de Cali creció de manera significativa en el siglo XX, especialmente a partir de la década de 1930, debido a

factores como la industrialización, la migración interna y el desarrollo urbano (ChatGPT, Julio 4 de 2024).

Estos datos nos permiten apreciar las valiosas observaciones que hace el prologuista del libro dedicado a esta valiosa colección. Veamos: “Es natural que además de lo patético, este libro produzca una fina nostalgia, en especial a quienes todavía alcanzaron a conocer el Cali Viejo que relatan sus imágenes. Se recuerda el espacio público, casas, iglesias, plazas, parques, escuelas que de alguna manera sirvieron a los habitantes de la aldea como escenario de su diario trasegar; y, por inevitable reacción, surge el recuerdo nostálgico de un pasado irrecuperable” (Lenis, 1989).

En una mirada de conjunto Carlos Rojas Cocoma, observa sobre este archivo: “En el archivo fotográfico disponible en el Banco de la República se encuentran 1.437 negativos, cuya copia digitalizada puede consultarse en alta resolución en el Centro Cultural de Cali (DVDR0049), y que permiten rastrear todos los proyectos del fotógrafo a lo largo de 60 años dedicado a la fotografía. En su gran mayoría reproducen imágenes de Cali, desde fotografías aéreas hasta retratos de familia. Además, se encuentran fotografías de otras ciudades y lugares del país: el Parque arqueológico de San Agustín, en el Huila; paisajes de Boyacá; el Santuario de Las Lajas, en Ipiales; el Puerto de Buenaventura; las murallas de Cartagena; el Salto de Tequendama y lugares emblemáticos de Bogotá. Aunque en algunas fotografías resulta complejo identificar la fecha, como las imágenes que realizó de

paisajes naturales, en otras es factible entender que buena parte del acopio refiere a los años veinte y treinta”.

Rojas Cocoma comenta sobre Lenis Burckhardt, que este no pretendió imponer una marca de autor, y examinando desde el punto de vista técnico la obra, anota que en sus fotografías “...no se encuentran poses muy elaboradas o composiciones demasiado organizadas. Se trata de un fotógrafo que miraba sin artificio ni desdén los diferentes acontecimientos de la vida en Cali. Incluso en sus fotografías son evidentes ciertos encuadres mal realizados o ciertos retratos un poco descuidados, pero es allí donde radica justamente su fortaleza. La franqueza con la cual se hacen las imágenes permite que en el caso de los retratos no haya posturas ficticias o ángulos demasiado elaborados, sino que la gente se revele con naturalidad ante la cámara, sin filtros”; y dice que en ellas “...podemos reconocer por sus propios intereses. La fotografía de la naturaleza que podía encontrar – árboles de las llanuras de la región del Valle, algunos animales que merodeaban las plazas de Cali y varios atardeceres–, nos revelan un fotógrafo curioso que estaba en constante búsqueda de una imagen. Una mención particular merecen los ríos, uno de los temas que más podemos encontrar en la colección. Más que un intento paisajístico, estas fotografías guardan una relación vital con lo que significaba, y aún hoy representa, el río para la gente que convive con él. La espontaneidad se transmite en cada uno de sus registros, a través de lentes gran angulares o medianos que permiten identificar siempre su punto de vista. Son prolíficas las temáticas de sus fotografías, pues además de los paisajes naturales, encontramos también paisajes

urbanos, retratos de familia, marchas políticas, eventos festivos o religiosos e incluso retratos de estudio”.

Y al demorarnos morosa y amorosamente en las fotografías tomadas por don Alberto Lenis Burckhardt, nos encontramos con estos queridos lugares y momentos, inicialmente con una topografía todavía intacta, donde crecían plantas y árboles correspondientes al bosque seco tropical; fotografías de reses, mulas y caballos, mangas y potreros, verdes prados que luego la ciudad absorbería; un río Cauca suave y caudaloso en verano, crecido y desbordado en invierno, bucólico, que generoso y vivificante cruza la comarca, el amplio valle (que Bolívar llamara “El jardín de América”), y que da nombre al nuevo departamento, creado en 1910, separándolo del gran Cauca el cual se extendía desde el Amazonas hasta el Urabá, creación que se da cuando la ciudad tendría aproximadamente 25.000 habitantes. Por esos días los caleños disfrutaban de sus dos ríos principales, El Aguacatal y el Cali, que proporcionaban recodos de agradables charcos a las familias de aquel entonces, pues ya sabemos que, por su expansión, hoy deben sumarse los ríos Meléndez, Cañaveralejo, Lili, Pance, Arroyohondo y el propio río Cauca.

Esta fecha de la creación del Departamento del Valle del Cauca, por el presidente Ramón González Valencia, mediante decreto 340 del 16 de abril de 1910, al fusionar los departamentos de Cali y Buga, es de mucho interés para nuestro encuentro, pues ya vimos como uno de los primeros aficionados a la fotografía lo fue Ignacio Paláu Valenzuela (Guadalajara de Buga, 25 de marzo de 1850 - Santiago de Cali, 10 de

enero de 1925) fue un filántropo, humanistas, médico, escritor y periodista colombiano. Se destacó, entre otras cosas, por haber orientado periódicos como "El Correo Mercantil" (Ecuador), "La Patria" (en compañía de Manuel Carvajal) y el "Correo del Cauca"; trabajó en cargos públicos y se convirtió en protagonista de la creación del Departamento del Valle del Cauca, a partir de su agitación política en el partido conservador, y perteneció, en calidad de suplente, a la primera junta directiva de la "Cámara de Comercio de Cali" (1906).

Este hecho político administrativo de gran trascendencia nacional, regional y local, nos permite ubicar en el tiempo a la primera generación de vallecaucanos; y a propósito, mencionar a una persona muy especial para los caleños, y que he invitado a esta reunión, a las sin par Reina de la Simpatía, la Reina Infinita y, la por siempre joven y jovial, Su Majestad Jovita Feijóo, que nació ese mismo año de 1910, centenario del grito de independencia, y murió en 1970, justamente el año en que se cierra el calificativo para ese Cali de antaño, el Cali Viejo, en razón del impulso que recibió la ciudad preparándose para ser sede de los VI Juegos Panamericanos en 1971, y que para ejemplo sirve señalar que se tumbó el seminario de El Amparo en El Peñón, para construir en su lugar el Hotel Intercontinental.

A este respecto pido licencia para mostrar algunos pasajes de Jovita, en gran formato, de la conocida colección de la Revista Épocas, dirigida por Raúl Fernández de Soto, con quien estuvimos repasando el archivo histórico de Alberto Lenis, aquí en el Centro de Documentación, y porque el Cali Viejo fue para ella, el escenario para

lucirse realizando “sus causas”, apoyada por “sus escudos”, pues siempre actuó, con autenticidad, como una actriz callejera llevada de sus propios sueños y determinaciones. Jovita llegó a Cali, proveniente de Palmira, en el año de 1922, tal como se registra en el libro “Jovita reina de la Simpatía”, de mi autoría e ilustrado por Sacha Javier Tafur Mangada. Ella corresponde pues a la primera generación de vallecaucanas.

Otro dato a resaltar, es la referencia que hace el prologuista Álvaro Bonilla Aragón, al doctor Ignacio Paláu Valenzuela como uno de los pioneros en traer la fotografía al Valle del Cauca, y es la extraordinaria coincidencia de que sea justamente él quien impulsara la formación del departamento del Valle, y que la Asamblea Departamental en su sesión del 13 de marzo de 1912, dispusiera que mientras el gobierno nacional no determinara otra cosa, el Departamento se denominaría del Valle del Cauca, denominación en la que los vallecaucanos nos reconocemos plenamente.

Recientemente el 31 de mayo de 2024, el director de teatro chileno Omar Moran, dirigió en la sede del teatro La Concha, en San Antonio, donde también funciona el museo de Jovita, una performance inspirada en objetos testimoniantes, objetos a partir de los cuales se pueden contar historias, registrar momentos, narrar acontecimientos. El curador Miguel González intervino con una foto de Jovita tomada por el recordado Fernell Franco; y yo, con una carta manuscrita por

ella, dirigida a Marco Tulio Villalobos, primer portero de El América y pintor primitivista.

Traigo esta performance a colación, porque también hoy estamos reunidos aquí en torno a objetos testimoniantes; porque cada una de estas fotos describen, narran, argumentan o interrogan hechos. Tal como sucede en los distintos campos o dominios de las prácticas sociales, en los géneros textuales propios de la literatura, ya sea en la novela, el cuento, el drama o la poesía, concurren los modos de organización discursivos (narrativo, descriptivo, argumentativo, interrogativo, prescriptivo, dialogístico); y lo mismo puede decirse de una articulación, de una sintaxis y una semántica en la fotografía, y de géneros y subgéneros para clasificarlas

Si unas fotografías nos muestran orillas del río, charcos, barrancos y caminos, tunas, cabuyas, chilcas, higuerones, matas de plátanos y bananos, la ciudad, casas y jardines, su medio natural, otras registran procesos de desecación de humedales, deforestación de bosques, construcción de vías, calles, carreteras y líneas férreas, así como los comienzos de las antiguas cervecerías y fábricas. El ojo del fotógrafo capta la colina de San Antonio, su iglesia, la iglesia de San Francisco, la capilla de la Inmaculada, la muy nombrada Torre Mudéjar, también la Torre Mudéjar del Valle de San José del Salado, y el antiguo Convento de San Agustín, donde funcionara el Colegio de Santa Librada, la estatua del Fundador, la Ermita, el cuartel del Batallón Pichincha, el edificio del Hotel Alférez Real, el antiguo kiosco de la Plaza de Cayzedo, los primeros edificios como el Gutiérrez, los

puentes que atraviesan el río tutelar, el puente Ortiz, el puente España; el Paso de La Torre, Paso de La Bolsa, Puerto Isaacs. Se detiene dando cuenta de la arquitectura privada, pública y religiosa, la callejuela del Seminario del Amparo, etc., etc.

El inventario es grande, rico en detalles para la memoria colectiva, registra clases sociales, indumentarias, sombreros de paja, sombreros de fieltro, peinados, trenzas, pañoletas, cigarrillos Pielroja, rostros humanos, oficios, utensilios, el machete, la atarraya, canastos, barrajones, carretas de madera, hornos de tierra; a los areneros en Juanchito, Carnavales del 22 y el 23, la explosión del 7 de agosto de 1956, la feria de 1958, personajes como el diablo, Pierrot, el Carro de la Muerte, payasos, reinas, personajes típicos, momentos de agitación política en la intervención de Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos Montejó; registra el sepelio de José Manuel Saavedra Galindo, quien fuera secretario de la primera Asamblea Departamental (y que presidiera Tulio Enrique Toscón), que efectivamente comprueba que no han existido más grandes funerales en Cali que las de Saavedra Galindo en diciembre de 1931 y el de Jovita Feijóo en julio de 1970.

Al estar estudiando el corpus del archivo y detenerme en la fotografía de la construcción de la planta de cemento en Puerto Isaacs, sentí al verla esa emoción que animaba al poeta Walt Whitman, expresando su fe en el progreso. Me refiero a ese sentimiento propio de esa época, no en la presente que lo relativiza y cuestiona, por los daños que ocasiona al medio ambiente. Son nuevas realidades y otros los criterios de responsabilidad.

Ahora otra digresión. Cabría preguntarse: de los 1.437 negativos que se encuentran en el Archivo Fotográfico, disponible en el Banco de la Republica, ¿Cómo clasificarlos? ¿Y para qué esta clasificación? No estamos ante fotografías planas, no; ellas reflejan el interés de nuestro fotógrafo, tanto desde el punto de vista estético, pero también axiológico. Y como creación artística, como obras de arte, expresan un sentido del mundo, de la vida y los valores. Puede ser como sostiene Bonilla Aragón, que Lenis Burckhardt no tenía una intención predominantemente artística, pero de su obra misma, y de sus propias palabras admirando el paisaje, se infiere que estas emociones estéticas eran muy valiosas para él. No es el mero manejo de la máquina, hay una intención creativa y una comunicación valiosa; hay que apreciar esta unidad en conjunto del archivo. Son fotografías que producen un goce y al mismo tiempo ofrecen un sentido al público que la aprecia, por lo cual cumple un papel determinante en el proceso de comunicación de la vida de aquel entonces.

El escritor Juan Rulfo dejó más de 6.000 negativos. Eso dijo su hijo Juan Francisco al tiempo que precisó que esas fotografías: “buscan expresar sus preocupaciones e intentar encontrar respuesta a sus inquietudes, no tienen simplemente un valor estético” (Tafur, 2010, s/p).

Para dar una breve ilustración al respecto convendría citar una pequeña referencia que hace su hijo a su colección exhibida en el Festival de Cine de la ciudad de Huesca (Abril, 2007); veámosla:

“Rulfo, por todo ello, no puede ser comprendido en su totalidad si prescindimos de estas imágenes que constituyen en rigor un tratado sobre poética fotográfica. El México que ve el ojo de Rulfo capta el alma, la esencialidad de objetos y personas: santos de piedra que acechan con la mirada; raíces aéreas mimadas por el implacable sol del eterno mediodía; cactus que desafían insolentes la sequedad del horizonte; piedras alineadas en geometría guerrera a mayor gloria de dioses posibles, crueles y vengativos; aguas estancadas en pedregosos cauces; gentes sin más edad que los surcos labrados en su tez bronceada; niños con cara de sufrimiento anticipado; tormentas implacables que hacen jirones las nubes preñadas de oscuridad; cementerios de pobres... y siempre silencio, premonición de la muerte, sobrecogedoras impresiones de dolor antiguo. La muerte, presente como un presagio imprescindible en la obra de Rulfo, en sus relatos y en el objetivo de su cámara. Incluso las escenas de fiesta, los disfraces, las máscaras y los bullicios con ecos de orquestina, están cruzados de una indefinible tristeza: de un pesimismo universal.

Cada fotografía es una especie de memento mori. Fotografíar significa participar de la mortalidad. Consiste en la vulnerabilidad y la capacidad de transformación de otras personas y objetos. En la medida en que extraen este único objeto y lo petrifican, todas las fotografías son testimonio del transcurrir implacable del tiempo», afirma Susan Sontag. Y Rulfo prueba la veracidad de esta reflexión merced a su mirada petrificadora a través de sus piedras hechas de árboles, de paisajes horizontales y profundos, de gentes inmóviles en su discurrir, de cruces que presiden iglesias, de campesinos vestidos de algodón

raído... piedras hechas de piedras y reescritas por una mirada siempre necesitada de presencias” (Meyer, 2007).

Ciertamente que este archivo nos procura la posibilidad de recordar lo que ya pasó, tal como lo explica Juan Francisco, el hijo de Rulfo, o como históricamente se cita el verso de Quevedo: **“Vencida de la edad sentí mi espada; / y no hallé cosa, en que poner los ojos, / que no fuese recuerdo de la muerte”**. Ante el archivo, con él y en él vemos el indetenible e inexorable paso de los años y con ellos de la ciudad que vivimos, al tiempo que recibimos mediante este legado fotográfico las verdaderas motivaciones personales y sociales de aquel que nos dejó grabada su mirada de su alma, el paisaje y ese Cali Viejo que perdurará en cada uno de nosotros hasta la llegada ineluctable de ese memento mori.

## REFERENCIAS, BIBLIOGRAFIA Y WEBGRAFIA

Alberto Lenis Burckhardt - Archivo fotográfico. Centro Cultural de Cali.

Archivo histórico gobernación del valle del cauca

[https://www.archivogeneral.gov.co/exposicion\\_archivos\\_historicos\\_regionales](https://www.archivogeneral.gov.co/exposicion_archivos_historicos_regionales)

ChatGPT, Julio 4 de 2024

Gajate Montes, José. (2008). La creación artística y la obra de arte en *Filosofía*: Bogotá: Editorial El Búho. págs. 123 y ss.

Google Search

[https://www.google.com/search?q=creacion+del+valle+del+cauca&rlz=1C1CHBD\\_esCO1034CO1034&oq=creacion+del+valle+del+cauca&aqs=chrome..69i57j0i22i30j0i512i546l3.6152j0j7&sourceid=chrome&ie=UTF-8](https://www.google.com/search?q=creacion+del+valle+del+cauca&rlz=1C1CHBD_esCO1034CO1034&oq=creacion+del+valle+del+cauca&aqs=chrome..69i57j0i22i30j0i512i546l3.6152j0j7&sourceid=chrome&ie=UTF-8)

Lenis Burckhardt, Alberto. (1989). *Retrospectiva fotográfica del Valle del Cauca*. Cali: Carvajal.

Meyer, Pedro. La poesía de una imagen. <http://fotopoemas-osseliln.blogspot.com/2007/01/alta-poesia-fotografica-alta-fotografa>

Paláu Valenzuela, Ignacio.  
([https://es.wikipedia.org/wiki/Ignacio\\_Palau\\_Valenzuela](https://es.wikipedia.org/wiki/Ignacio_Palau_Valenzuela)).

Rojas Cocoma, Carlos. (2018). Alberto Lenis Burckhardt - Archivo fotográfico. Cali. Banco de la Republica.  
<https://www.banrepcultural.org/coleccion-bibliografica/especiales/alberto-lenis-burckhardt>

Tafur Gonzalez, Javier. (2010). *La poesía de autor como parte de la escritura social de la violencia*. La vida de la muerte en la creación poética del Valle del Cauca. s/p.

Wikipedia

#### FUENTES CONSULTADAS POR CHAT GPT

Censos Nacionales de Colombia (DANE): (Los censos nacionales son realizados periódicamente por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). Los datos históricos de estos censos se pueden consultar en los archivos y publicaciones del DANE./ Sitio web: DANE)

Libros y Publicaciones Académicas: ("Cali: Territorio y Cultura" de Carlos Arturo Villaveces de Zúbiría (2003). Este libro ofrece una visión detallada del crecimiento urbano y demográfico de Cali.). ("Historia de

Cali: Crónica de su desarrollo urbano" de Luis Carlos Castillo Gómez (1995). Este libro proporciona datos y análisis sobre la evolución demográfica de Cali a lo largo del siglo XX.)

Estudios de Desarrollo Urbano y Demografía: ("Urbanización y crecimiento demográfico en Colombia" de Darío Fajardo Montaña (1985). Este estudio analiza el crecimiento urbano y las tendencias demográficas en las principales ciudades colombianas, incluida Cali.). ("La Ciudad Fragmentada: La experiencia social de Cali, Colombia, y Guayaquil, Ecuador" de James J. Parsons (1968). Este trabajo compara el crecimiento urbano de Cali con el de otras ciudades de la región)

Archivos y Bibliotecas Locales: (Archivo Histórico de Cali: Este archivo contiene documentos históricos y censales que pueden proporcionar información detallada sobre la población de Cali en diferentes épocas). (Biblioteca Departamental Jorge Garcés Borrero: Una de las principales bibliotecas de Cali, donde se pueden encontrar libros, tesis y estudios sobre la historia y demografía de la ciudad).